



Año 1967: Andrés Jiménez París (izquierda) junto a Carlos Jiménez (derecha), autor de este libro.

Juan Carlos Jiménez Ruiz

SENTADOS EN
LA BUTACA DE UN CINE
Versión ampliada

EDICIONES DOCE CALLES
MUSEO DEL CINE. COLECCIÓN CARLOS JIMÉNEZ

2ª Edición: Versión ampliada

El editor hace constar que se ha hecho lo posible para proteger la identidad de los personajes de esta novela, sin distorsionar la historia que se narra. A pesar de ello expresamos nuestra disposición a realizar cualquier rectificación que, en este sentido, se sugiera en futuras ediciones.

© de los textos: Juan Carlos Jiménez
© de la presente edición: Museo del Cine

Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-849744-257-2
Depósito legal: M-19474-2019

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Dirijase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prefacio	13
Por qué amé el cine	17

PRIMERA PARTE SUEÑO Y REALIDAD

<i>Bienvenido mister Marshall</i>	47
Breve recorrido por mi pueblo. 1961: el pueblo y sus cines	56
Aventuras de juventud: «la mili»	60
Todo un militar, toda una mujer	72
La promesa de Andrés	77
Mi encuentro con el cine	86
Los oficios de Andrés	103
De cómo cobrar a un moroso	112
Mi primera sesión de cine	116
Andrés se inicia en el cine. 1962: <i>El pingüino</i>	133
Los coches de Andrés. La aventura del Biscúter	139
Andrés empresario y director de la banda de música	147
1963: mi encuentro con la televisión. Mi vida	153
1964: el cine Alegrías	161
Desventuras en la cabina de un cine	183
Andrés nos invita al cine y la primera televisión	198
Una tarde de cine	214
El cabo, el cura y el cine parroquial	222
Las amistades de Pedro	230
Ya soy operador	233
De sueño a realidad	241

SEGUNDA PARTE INICIO Y DECADENCIA

Comienza la aventura	251
Los permisos: la licencia de apertura	261

El endeudamiento	267
Cine de verano en noviembre	275
El cine Avenida	278
El cine París no cierra	282
El primer circuito de cines	286
Un poeta en el cine	292
La primera inspección	298
Aumentan los problemas, disminuye el tiempo	304
¿Cura o guardia civil?	308
El saxo y la suegra	313
Una Semana Santa con cine	319
Otro cine más	322
Distribuidoras y Comisión Mixta	325
Resolviendo problemas	331
El internado	334
Los calefactores	337
La justicia del cura	344
Cine en Orusco	349
Aumentan los gastos, disminuyen los ingresos	355
Mi encierro	359
Camino al desastre	363
Una sesión maravillosa	365
El público se pone «negro»	370
Se necesita otro cine	377
El cine sin nombre	382
Otro proyecto, otro problema: edificando un baile	386
María de la O	393
Un buen amigo	403
Una tarde de cine cualquiera	409
El final de la cuenta atrás	414

TERCERA PARTE LUCHA Y RECUPERACIÓN

Otro cine parroquial	419
Una tarde en el río	423
Un respiro en el camino	427
Travesuras de jovencito	430
El jueves: <i>Corre cuchillo, corre</i>	435

Las lecciones de Andrés.....	440
Nuevo coche, nuevo cine.....	444
De nuevo, otro cine.....	448
Cambio de calefacción.....	453
1972: un año más.....	456
Un cine en Belmonte.....	458
La sorpresa.....	461
Baile con discos.....	463
Cine en un frontón.....	467
La hipoteca y mi abuela.....	470
Puritanos, camión y coche.....	473
Adiós, Rufino.....	476
El cine y Los Géminis.....	481
Otro cura, otra historia.....	485
La asociación.....	489
Un periodo de recesión.....	494
Andrés, concejal.....	498
Mis inicios como director.....	500
Tiburón.....	502
Los cambios políticos.....	508
Evolución imparable.....	512
Otro alcalde, otro problema.....	514
«Coque» y los <i>stripteases</i>	517
El señor alcalde.....	522
Víctor, otra vez.....	525
Un cine más.....	532
La discoteca.....	535
Tramitando permisos.....	540
La segunda inauguración.....	542
De película.....	544
Adiós discoteca.....	547
El cine de mi niñez.....	549
Acomodador y vigilante.....	552
Primavera del 79: el alcalde y la política.....	556
El edil y su ley.....	559
El declive de un cine.....	562
Tiempos de escepticismo.....	564
El futuro en juego.....	566
El cine que vemos: <i>El crimen de Cuenca</i>	568

La sequía.....	572
Cine al aire libre.....	575
Sentados en la butaca de un cine.....	578
Epílogo.....	580
...29 años después.....	587
Continúa la pasión.....	589
Los Protagonistas.....	593

PREFACIO

Estimado lector:

Aunque esta historia trata de algo que podría ser tan romántico como esos sueños que nos ofrece el cine, no es la biografía de un personaje al que la gente, en honor a sus títulos y elevada posición social o económica, tilda de ilustre.

Aquí no hay «sangre azul». Tampoco popularidad, homenajes y premios; la fama de nuestro protagonista, en la vida real, no sobrepasaba algunos pueblos más de su entorno. Aquí hay ilusión y anhelo, pobreza y humillación, abuso y zancadillas; pero, sobre todo, lucha y tesón que son las virtudes que engrandecen a todos pero, muy especialmente, a los más débiles.

«He pasado tantas calamidades para realizar mi sueño, que con ellas se podría escribir un libro», había oído decir a mi padre, en alguna ocasión, tras un suspiro de alivio.

En 1986, tres años antes de su fallecimiento, comencé a interrogarle sobre todo aquello que, para no preocupar a su familia, nos había ocultado. Intuí que seguía engañándonos, que injustamente se avergonzaba de muchas de sus vivencias y que las más comprometedoras morirían con él.

Pasaron ocho años más hasta que en 1994, convencido de que esta es una historia digna de ser contada y de la que sentirse orgulloso, comencé a entrevistar a cuantos habían estado a su lado, tratando de contrastar nuevas versiones sobre los mismos acontecimientos.

Acomodadores, operadores, porteros y taquilleros, avalistas, compañeros, concejales y alcaldes, prestamistas, arrendadores,

familiares, vecinos o simplemente conocidos; a veces, con extrema claridad y otras, atenuando un testimonio espinoso, todos ellos fueron refrescándome la memoria y desempolvando aquellos otros recuerdos que posaban escondidos en algún lugar de mi mente.

Sabía que no llegaría nunca a conocer algunos episodios y que otros tendría que dejarlos en el tintero; pero, también que eso no cambiaría el sentido de la historia y, con la lentitud que mis quehaceres siempre me han impuesto, comencé a escribir este libro a pesar de no ser esta mi profesión pero contando con algo muy valioso: la historia.

Esta es la biografía novelada de Andrés Jiménez París. Hombre pobre, y pobre hombre, al que comenzaron apodando «el cacharro» para terminar llamándole «señor París» quienes consideraron que los títulos van parejos a la situación económica.

Sin embargo, los hechos que aquí se narran no son aislados. A ese hombre, mi padre, le tocó vivir una época en la que la economía nacional, estacionaria desde la postguerra, comenzaba a despegar y la precariedad en la que él se desenvolvía era la tónica general en cualquier otro punto de la península.

Las peripecias, a veces anecdóticas y hasta cómicas, de sus jóvenes ayudantes; el funcionamiento de los cines que aquí se describe, generalmente anquilosados desde hacía veinte o treinta años atrás, sus peculiaridades, incluso el ambiente que dentro de ellos se vivía, coinciden plenamente con las características de cualquier otro cine, o empresario de cine, establecido entonces a lo largo de la geografía española.

Este autor no es solamente testigo directo de los avatares de Andrés, si no que pertenece a la última generación que ha conocido, en su niñez, el injusta y despectivamente llamado «cine de pueblo» y, además, ha asistido a su declive. Es por eso que una de las finalidades de esta narración sea la aportación de vivencias y datos que puedan ayudar a comprender mejor aquella sociedad rural y que, de otro modo, se perderían.

También he pensado en usted, estimado lector. Le veo cómodamente sentado en un sillón de su salón, quizá bajo la tenue luz de un flexo, imaginándose sentado en una butaca de aquellos cines y paladeando el ambiente que este libro le describe. Quizá de esa forma logre hacerle partícipe del sueño que ya solo queda de aquellos tiempos pasados y de la moraleja que de ello pudiera extraerse. Todo eso sin olvidar los conocimientos de régimen interior, sobre todo en los campos de la distribución y exhibición cinematográfica, que aquí se aportan.

El lenguaje es sencillo, las expresiones muy caracterizadas. el «politiqueo» sencillamente no existe, y nada más lejos de este autor que intentar reabrir heridas ya cicatrizadas en personas relacionadas con esta historia, que aún viven y que por diversas razones, éticas o no, se posicionaron en la parte contraria. Es por ello que para evitar susceptibilidades y proteger a los personajes, aún tratándose de un relato basado en hechos reales, a excepción de los protagonistas, han sido sustituidos los nombres propios, tanto de personas como de asociaciones o entidades, y la acción se desarrolla en poblaciones distintas a las mencionadas.

Mención especial merecen otros cines con los que hemos competido, especialmente en nuestro pueblo; con los que, pasado el natural recelo de la primera época, mantuvimos una relación ética y profesional intachable.

En ningún momento ha sido intención de este autor tratar de juzgar los hechos que aquí se describen, sino simplemente narrarlos sin ninguna pretensión inculpatória, e incluso atenuando algunas situaciones escabrosas que no he podido ocultar. Aún así, difícilmente una obra autobiográfica puede ser plenamente objetiva y, por consiguiente, asumo que las historias que aquí se cuentan lo son exclusivamente desde mi punto de vista personal admitiendo de antemano que puede haber otros hechos o manifestaciones contrarias, u otras historias o puntos de vista diferentes tan respetables

como los míos. Es, por consiguiente, la opinión personal del autor la que se refleja en estas páginas, unida a testimonios cuya veracidad, a veces y muy a mi pesar, es difícil demostrar.

Nuestro protagonista tuvo unas firmes creencias cristianas y católicas, inculcadas por su madre, que conservó con todas sus fuerzas a pesar de que algunos representantes de esa Iglesia que nos promete el cielo, bien se hicieron notar en la tierra.

Consecuente con sus ideas, Andrés Jiménez París siempre admiró a quienes practicaban el bien, y su corazón se henchía de agradecimiento cuando alguien le tendía su mano. Sin embargo, nunca pudo pagar, materialmente, esas pequeñas ayudas que, para él y en su situación, fueron muy grandes.

Las decenas de empleados que pasaron por sus cines, asesores de este relato, eran parientes, amigos, conocidos o simplemente niños que no tenían otra pretensión que pasar gratis al cine y tomarse un refresco. Los sueldos, en la mayoría de los casos, eran simples propinas que Andrés repartía las pocas veces que le quedaba algo en su bolsillo. Casi todos eran tan pobres como él y, a pesar de ello, le ayudaron, demostraron ser sus únicos amigos y hoy guardan un inmejorable recuerdo de aquellas aventuras.

Es por ello que no sería justo terminar esta introducción sin agradecer los servicios prestados con total desinterés económico por tantas personas humildes, algunas tan necesitadas como el propio Andrés, que a pesar de no tener ni una sola peseta, tampoco la pidieron.

Esta segunda edición conserva toda la estructura de la primera pero, a diferencia de ella, muchos pasajes han sido ampliados y algunas historias, también verídicas, añadidas.

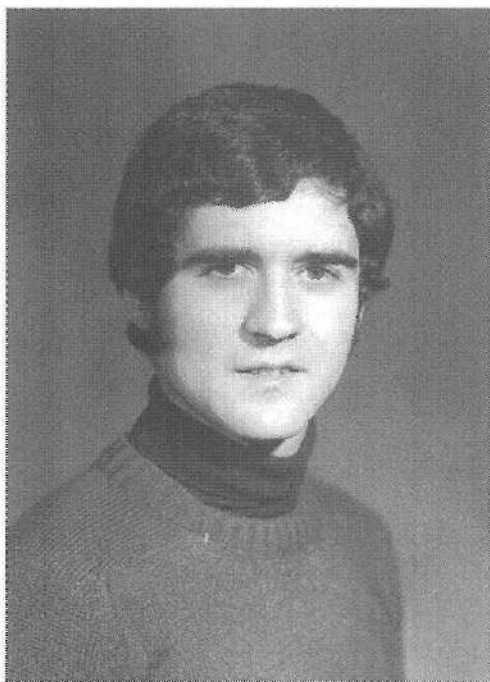
LOS PROTAGONISTAS



Andrés, mi padre.



Angustias, mi madre.



Carlos, este autor.



Loly, mi novia.



Gregorio, mi abuelo.



Engracia, mi abuela (a la derecha).



Pedro, mi primo (a la izquierda).



Paquito, el baterista.



Antonio, el saxofonista.



Castaña, el poeta.



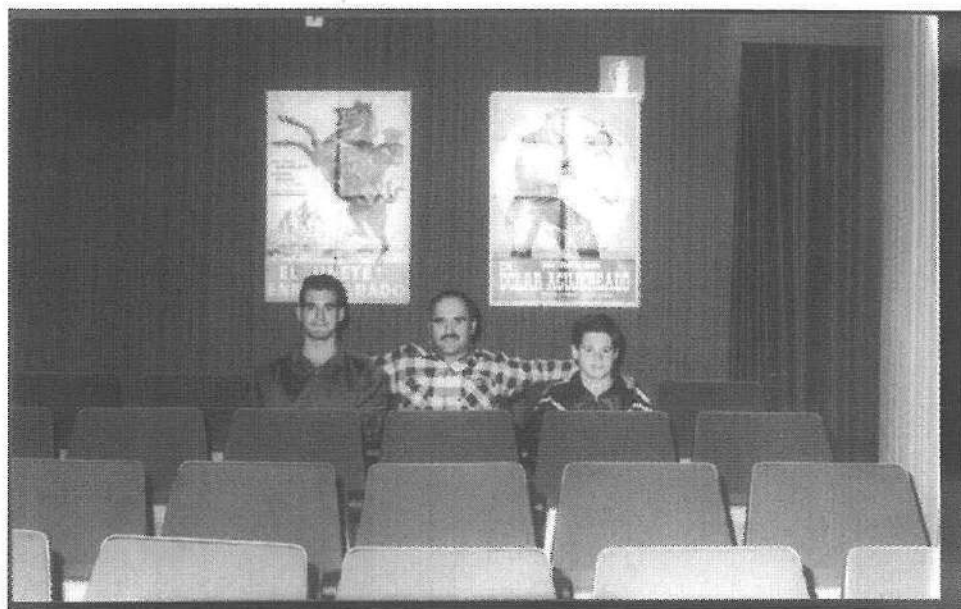
Lulú, mi perro.



La banda.



Últimos
empleados del
cine París.



El autor junto a sus hijos.